

PRÓLOGO DE ALFONSO VIVES CAMPO

Leer la obra *Pepe Vives cuenta su vida* constituye un viaje a la historia misma de Santa Marta y del Magdalena, contada por quien es considerado la principal figura de estas tierras. A través de sus páginas, el autor recrea la vida de la “ciudad dos veces Santa”, en sus épocas de niño, de adolescente, de empresario, y como persona dedicada a su ciudad y su departamento. Es precisamente allí en donde radica la importancia de la nueva edición del libro: poner en conocimiento de las nuevas generaciones las circunstancias y las características que rodearon a Pepe Vives De Andrés, el emprendedor capaz de crear una lotería y de fundar un banco.

Nunca recibió una herencia. Tanto así que, siendo un infante, Pepe Vives De Andrés tuvo un puesto como vendedor ambulante (en una colmena) en el mercado público, ubicado a la sazón en la plaza de San Francisco, hoy Sanandresito. A edad temprana, siendo adolescente, viajó a los EE. UU. en busca de un mejor futuro... puede afirmarse que allí se formaron y desarrollaron sus aptitudes de visionario que, posteriormente, puso al servicio de su patria chica.

La obra está salpicada de aventuras y de una narrativa sencilla y clara que facilita el entendimiento rápido e induce a seguir leyendo: la historia de cómo, sin saber leer, llevaba las cuentas de su incipiente negocio, o la travesura de tomar algo de vino al envasarlo para venderlo nos sitúan en una niñez austera y feliz. Reviste especial mención el capítulo “Mi novia”, en el que detalla la romántica conquista de quien sería su esposa y a quien escogió como compañera de vida con tan solo verla su corazón.

Su juventud en los Estados Unidos, su trabajo y recorrido por Suramérica, así como el regreso a Colombia, nos muestran a un Pepe Vives trabajador y luchador incansable por conseguir sus sueños. La forma como se hizo cargo de su familia al fallecer su padre demuestra su carácter recio, que nunca se amilanó ante las adversidades. Al contrario, fue un visionario creador y fundador de empresas generadoras de empleos y oportunidades, de beneficios y riquezas, que contribuía con sus impuestos al desarrollo del país.

Es pertinente acotar que la familia Vives jamás vivió de la política. Ellos fueron fundamentalmente empresarios, creadores de riquezas, dedicados a la agricultura, la agroindustria, la industria, la Banca, el sector automotriz, la construcción, la urbanización de interés social y de edificios, fundadores de empresas como Plásticos del Magdalena, Fábrica Coca Cola, Pasteurizadora Patuca, Banco Bananero del Magdalena, Capitalizadora del Caribe, Aseguradora contra el Viento y Diario El Informador.

La vida pública de Pepe Vives de Andrés está plasmada con todo detalle desde su nombramiento como director de la Escuela Preparatoria del Liceo Celedón, una vez egresado

del mismo, hasta su nombramiento como secretario de Hacienda (en 1934, en la gobernación de Manuel Dávila Pumarejo), presidente de la junta de Embellecimiento de Santa Marta, Alcalde de Santa Marta (en 1936, por el entonces gobernador Pedro Castro Monsalvo), secretario de Gobierno Departamental (en 1938, por el gobernador de la época, Manuel F. Caamaño), gobernador del Magdalena (en 1939, por el presidente Eduardo Santos), representante a la Cámara y senador de la república en los años 60.

Como servidor público dejó una estela de enseñanzas y obras a todo lo largo del Magdalena Grande que aún permanecen como testimonio de su grandeza: ni el tiempo, ni tirus, ni troyanos las han podido sepultar. Durante su gestión se construyó la mayor cantidad de obras en un solo gobierno, entre ellas: la carretera Santa Marta-Ciénaga; la pavimentación de Gaira, Ciénaga, Sevilla y Fundación; la consolidación de las vías Fundación-Salamina y El Banco-Chimichagua; el instituto de Fomento de Sevilla; hoteles Tayrona en Santa Marta y Tobiexe en Ciénaga; la construcción del Hospital San Rafael de Ciénaga y la culminación del San Juan de Dios de Santa Marta; el Hospital Antituberculoso de Santa Marta; el edificio del Hospital Infantil de Santa Marta, convertido después en el Instituto de Sanidad e Higiene; el Asilo de Mendigos de Santa Marta; la Correccional de Menores de Santa Marta; la Fábrica de Licores del Magdalena; el Matadero de Ciénaga; la carretera a Puerto Nuevo en Ciénaga; la construcción del Boulevard Rodrigo de Bastidas; la avenida Campo Serrano; el Puerto de Ciénaga; la Colonia de Vacaciones de la Sierra Nevada; la planta eléctrica de El Banco; la canalización de los caños de Ciénaga; el Altar de la Patria de la Quinta San Pedro Alejandrino; la pavimentación y el alcantarillado de Santa Marta; la escuela de Ciénaga; la Escuela Santander de Santa Marta; el Teatro Santa Marta; el puente sobre el río Manzanares; la carretera Santa Marta-Gaira; el embellecimiento del Parque San Miguel; el Mercado Público; el acueducto de Plato; las iglesias de Pivijay y Pedraza; la compra del terreno e inicio de la construcción del estadio de fútbol Eduardo Santos de Santa Marta, y la constitución del Instituto Oceanográfico de Punta Betín, que

posteriormente, en 1993, se convirtió en el Instituto de Investigaciones Marinas y Costeras "José Benito Vives De Andrés" (INVEMAR) por decreto del gobierno en su honor.

Su talante visionario y emprendedor, como servidor público tanto como empresario y miembro de la colectividad, le valieron la honrosa distinción que el Gobierno nacional le otorgó en 1980 y a la que había sido candidatizado por el pueblo en carta al presidente de la república, en 1938: la Cruz de Boyacá, la más alta distinción que se le otorga a civiles y militares en el país.

Sus palabras resumen su esencia: "Me retiro sin una mancha en el traje ni una sombra en la conciencia".

Invitamos a leer esta segunda edición de la obra que relata la vida del que muchos califican como el hombre más grande que haya dado el Magdalena. En esta edición se incluyó un capítulo que él, inexplicablemente, no narró, lo que atribuimos a su avanzada edad: "Pepe Vives De Andrés, el alcalde", un capítulo que habla sobre cómo, desde la alcaldía, el visionario y soñador autor proyectó obras que culminaría como gobernador.

Sus obras están a la vista; muchas de ellas se nos quedaron en el tintero. Orgulloso de esto le digo a la comunidad samaria y magdalenense: en el corazón de la familia Vives "habita la alegría de haberlo dado todo".

Alfonso Vives Campo

PRÓLOGO DE RAFAEL A. CELEDÓN R.

José Benito Vives De Andrés, el Samario de Pro, autor de la obra *Pepe Vives cuenta su vida*, al tenor de unas “memorias” que tienen el sabor y carácter de semblanza autobiográfica, presenta este trabajo, a todas luces muy interesante, no solo por el aspecto narrativo que contiene, sino también por la importancia histórica que le imprime, como quiera que don Pepe ha sido, en Santa Marta, el epicentro de esta ciudad y el blanco de críticas acerbas y a la vez de alabanzas, de prejuicios temerarios, amén de elogios e injustos ataques a su inquebrantable personalidad.

Sin ánimo de restarle méritos, ni prodigarle loables adjetivos, ni mucho menos de presentarlo como candidato a un futuro “nobelable”, con una dosis de suficiente juicio y haciendo una apreciación muy objetiva, diría yo que don Pepe Vives De Andrés trabajó este “libro” como un verdadero orfebre, para dejarle a Santa Marta, su nativa ciudad amada, una especie de monografía que traduce fielmente los sentimientos filiales hacia la madre-tierra, terruño, solar y cuna de sus antepasados, en donde, hace más de cuatro siglos, ancló la cultura occidental y sentó sus reales de dominio la Corona Española.

La presentación toda de la obra nos permite y remite a observar la sencillez de la vida en aquellos tiempos: sus tradiciones familiares; sus costumbres austeras, plasmadas en el crisol de la grandeza de Cristo; el oficio y ejercicio de la amistad, alta categoría del espíritu, antaño apreciada y distinguida como virtud teologal por excelencia; el *folk-lord*, muy bien citado e interpretado; los personajes populares más destacados de esa época; los comentarios que hace alrededor de toda clase de fiestas; el acendrado sentido del humor de los samarios; la lucha por la existencia bajo la fatiga incesante de los días; la vida social; los compromisos bajo “la palabra de honor”; en suma, toda una gama de recuerdos, de vivaces añoranzas, que anima el interés por el estilo y, sobre todo, por la narrativa de la obra, haciéndola amena desde todo punto de vista. La sola radiografía moral que hace de sus hermanos y cuñado es propia de un penetrante psicólogo, como gran conocedor del carácter y aptitudes de cada uno de ellos, sin dejar de asignarles, tras los rasgos individuales, su simpático comentario lleno de humor y de gracejo. Y el amor a su novia, la misma esclarecida dama que posteriormente fue su esposa, nació cuando ella era apenas una cándida azucena o una grácil orquídea delicada; amor sincero, que él cultivó con el rito del cariño y la liturgia de los afectos más puros, cuando empezaban a aparecer en ella los bellos rasgos de una mujer linda y hermosa, de singular porte distinguido, con cara de virgen veneciana y esbelto cuerpo de reina, de paso garboso y gentil. Todo este amor, que él hace trasvasar, lo deja traslucir en el capítulo que lleva por título “Mi novia”, que es una verdadera página romántica, tan propia de aquel entonces que hoy recordamos con evocadora satisfacción, auténtica

dilección intelectual y gran elación sentimental del alma. Dichosa edad y felices tiempos aquellos, que nos hacen exclamar con el clásico “que los antiguos pusieron el nombre de ‘El Dorado’”.

Al principio de este prólogo calificué a Don Pepe, distinguiéndolo del tumulto como “el Samario de Pro”. Considero que no me he arriesgado a equivocarme —prodigándole, con justicia, este merecido título— porque ha sido el samario de todas las horas, que siempre ha estado pendiente, con decisión valerosa, de los mayores y mejores destinos de Santa Marta; el ciudadano ejemplar que ama su terruño con devoción filial; y el gobernante integérrimo, que en la administración Santos realizó grandes obras, no solo para esta ciudad sino también para el resto de las provincias, pueblos y veredas del departamento del Magdalena Grande.

Don José B. Vives De Andrés ha sido un hombre de acrisolada pulcritud, y de él bien se puede presentar la siguiente radiografía: es persona de agradable presencia y viril fisonomía; de austeras costumbres forjadas en el hogar de sus mayores; sin vicios; de corazón magnánimo con sus amigos, pero terrible enemigo de sus enemigos; su franqueza, siempre desabrochada, tan propia del costeño, le ha merecido la absoluta confianza de sus coterráneos; y el temple de su carácter parece haber sido fundido con el metal con que se funden las campanas o con el mejor templado acero de las fábricas de Toledo. Los poderosos e impresionantes rasgos de su idiosincrasia, a veces volcánica y temeraria, hasta consigo mismo, son la prueba de una conciencia pul-

cra y digna, de un juicio exacto y de una inteligencia muy clara. Su paso por la gobernación del Magdalena Grande dejó una estela luminosa de honradez a toda prueba y de ética administrativa, y el día que voluntariamente hizo dejación de tan alto puesto bien pudo decir, con la frente erguida como un penacho, cara al sol y hacia las estrellas: “Me retiro sin una mancha en el traje ni una sombra en la conciencia”. Otro aspecto de su personalidad ha sido el culto, diríamos casi religioso, que Don Pepe ha rendido al trabajo. Ha sido un titán, un coloso y un virtuoso de esta actividad del hombre. Parece que su estadía y sus estudios en el país del Norte le dieron lugar y ocasión para asimilar todo el pragmatismo de los norteamericanos, y para apreciar el valor del tiempo y del dinero, pues en el mundo de los negocios ha tenido éxitos y ha sabido salir adelante. Por esto, deja una fortuna de no menguadas riquezas y el patrimonio moral que lega a sus hijos es mayor que el de los bienes materiales, porque, sin haber descuidado su hacienda, siempre se preocupó por su nombre, honra y fama. La producción y tenencia de sus haberes, fruto de su trabajo honesto y constante (ha sido tachado de “oligarca”), no fue de la noche a la mañana, como acontece hoy, en algunos casos, de enriquecimiento fácil, con los fabulosos capitales de las clases emergentes, sino el resultado de su permanente dedicación a las tareas de los negocios lícitos, toda vez que, dada su formación moral y que de antiguo conocía Don Pepe el proverbio castellano que reza a este tenor: “Rico y de repente, no puede ser santamente”. Y así, como

celoso vigilante de su reputación pública y personal, a través de este "libro" y de sus obras, saca a relucir pruebas y documentos fehacientes para dejar muy en claro su actitud honesta y digna de ninguna sospecha, en aquellos negocios cuestionados u objetados por la temeraria y mal informada opinión pública.

Ya nonagenario y terminando la gran parábola de su vida, Don Pepe se encuentra disfrutando de placentera vejez, a pesar de la dura pena por la muerte irreparable de su dignísima esposa y de la pérdida absurda de sus dos hijos en trágicos accidentes, tremendos impactos para fundir y destrozarse el alma. Solo la acción del tiempo, inexorablemente, ha alcanzado a fulminar al roble y a demoler la roca enhiesta, que todavía se yergue desafiante para resistir los huracanes y el ímpetu de las olas embravecidas del mundo de hoy, en las últimas décadas de este final del siglo XX.

Don José Benito Vives De Andrés entrega este trabajo y todas sus obras al juicio histórico de la posteridad. Mientras tanto, él sigue resistiendo, impávido, el paso de las horas, en el abismo del tiempo, hasta cuando se cumpla para él y todos los mortales el gran misterio. Porque, ante la dimensión y grandeza de la creación, apenas si somos una brizna en las manos de Dios, un alma arrastrando un cadáver y una lámpara apagada, cuya luz nos la dará la muerte. Pero, por encima de todo esto, le queda al "Samario de Pro" la satisfacción íntima de haber cumplido con el imperativo categórico del deber, de haber sido un hombre de espíritu insobornablemente honesto y, sobre todo, de haberle dado cumplimiento, a manera de singular consigna y para beneficio de Santa Marta, a la sublime sentencia de Simón Bolívar: "La gloria está en ser grande y en ser útil".

Rafael A. Celedón R.

INTRODUCCIÓN

Por prescripción médica me encuentro reducido a mis habitaciones privadas. No me distraen los libros, la radio, la televisión ni la música. No tengo otra alternativa que pensar y pensar, y para no caer en la monotonía de fijar mi mente en preocupaciones sobre problemas cotidianos, he venido recordando todos los actos de mi vida desde que tuve uso de razón, porque este ejercicio de la memoria me proporciona especial distracción.

Esto y el repaso de mi archivo de documentos, que guardo celosamente, han hecho recordar con exactitud todos los acontecimientos que he vivido con sosiego o con angustia: unos insensiblemente, cuando se está en la edad de los primeros años, y otros con la satisfacción del deber cumplido, cuando la dura responsabilidad de querer ser alguien en la vida hace pasar momentos amargos y comprometedores, pero que al vencerlos con tesón, se da uno cuenta después, que son los motivos que allanan el camino para el triunfo postrero.

Con sencilla lógica y por tradición, he pensado que los hijos, nietos y demás parientes deben tener conocimiento de sus progenitores. Aquella época patriarcal en que las madres, las abuelas y hasta las mismas ayas se sentaban a la luz de la lumbre a referir historias de familias, que recordaban con pasmosa exactitud dentro de la literatura oral de otros tiempos, la misma que transmitían los juglares en sus correrías, narrando en bellos cantos los hechos heroicos de la región, ha desaparecido para siempre.

Hoy, el tocadiscos, el cassette y hasta la radio, que solo se tocan oprimiendo un botón, han hecho olvidar esa gran calidad humana que es la memoria, y ni las mismas canciones que oyen se saben, olvidándolas al instante. Por eso, para que a nosotros se nos recuerde, modestia aparte, y para que no se nos tergiverse cuando se nos mencione en hechos y obras en los cuales tuve principal autoría, he decidido dejar este documento a mis descendientes, para que se inspiren cuando mencionen mi nombre.

Inclusive, dentro del propio camino de mi vida, me sorprende cómo, por desconocimiento, egoísmo, resentimiento o simplemente costumbre de mal hablar de los demás, se tilda a una persona de oligarca, ignorando si ella luchó y sufrió como cualquier proletario, ahorrando en lugar de despilfarrar en tomatas y, luego, cuando se hizo rico, tuvo la suficiente inteligencia para crear empresas, poniendo su capital como fuente de trabajo de su comunidad. No nací en cuna de oro y esto que hice cualquier otro conciudadano lo hubiera podido hacer, solo bastando la sobriedad y la capacidad creadora, en donde precisamente está la diferencia.

Además de los hechos de mi vida, soy testigo crucial de un cambio radical en las costumbres y en la ciencia. Nunca el mundo en su historia cambió tanto en tan poco tiempo.

Mi vida, de casi cien años, está llena de experiencia en estos cambios y, sin embargo, digo que es corto o casi nada para la edad humana. Para las costumbres de ayer todo sería impo-
stura hoy. Los grandes inventos transformaron, en el lapso desde que nací, a todo un mundo que nos parecía un sueño. Pero son muy pocos los artífices o partícipes de esos cambios. La mayoría de los humanos son actualmente habitantes consumidores de lo que unos pocos, con su inteligencia, crean, y hacen la civilización distinta. Tengo la satisfacción de decir que en Santa Marta y el Magdalena Grande contribuí en algo a ese cambio que vivimos.

Sea el caso observar que, en la hora actual, muchachos que apenas inician el bachillerato andan en automóvil hacia los bares, echándose de hombres. Y con esos procedimientos han obtenido escandalosas libertades con el patrocinio implícito de sus padres. Con esos prematuros arrestos, los cuales no dan carta de ciudadanía, pretenden conquistar posiciones de mérito sin luchas de género alguno, sin nada que denote un espíritu de superación o de temple de su carácter, sin darse cuenta de que existe una ley natural que tarde o temprano les puede asignar el relevo de la vieja guardia del comando en los negocios públicos y privados, porque de ellos es el porvenir.

Experimentaría gran satisfacción al ver que en las nuevas generaciones arde esa llama de la noble ambición, que tantas cosas fecundas puede traer cuando se encamina hacia los fines generosos del bienestar común.

Sin sacrificios, sin presunciones de ninguna clase, ofrezco a la posteridad este volumen que contiene hechos históricos referentes a la vida del autor, vida de trabajo y de actividades sin pausa, consagradas con fervor y continuada superación al servicio de la patria, de la sociedad, de la familia y del hombre en general, porque apenas iniciados los estudios secundarios, servimos sin egoísmo a nacientes generaciones, como modesto maestro de escuela primaria, y no nos detuvimos en esa experiencia inicial, pues continué siempre con ritmo ascendente, impulsado por el propósito ya definido de darle a mi vida un contenido de servicio a los demás. Por ello mismo, el autor de este libro dio de sí mismo todo lo que pudo, proponiendo a la crítica este trabajo, modesto sí, pero que estoy seguro no contiene eufemismos ni ficciones.

Cuando se tiene éxito y se alcanza la gracia de traspasar los ochenta años, las generaciones jóvenes que no han tenido oportunidad de enterarse de los antecedentes y esfuerzos de los mayores, ignoran detalles de esa historia que muchas veces tergiversan intereses políticos (por desconocimiento, ignorancia, pasión, por cualquier otra circunstancia). Por esa razón, tal vez "no es un acto de vanidad contar mi vida".

Basado en estas consideraciones, quiero relatar en la forma más ajustada a la verdad cómo obtuve mi posición y haberes, ya que no han sido fruto de herencia ni por influjo político o familiar, la que espero mi descendencia, que es mi única preocupación, sepa defender y agradecer. Si a lo anterior le aúno la gran experiencia de mi vida,

que es prácticamente la misma historia de muchos lugares comunes a esta región de la patria, podrán contar los lectores con una obra de consulta y referencia necesaria, disponible tanto a las generaciones de ahora como a las del mañana.

Por otro lado, este libro quiero dedicarlo especialmente a dos distinguidos personajes de nuestro mundo político: al doctor Eduardo Santos, en primer lugar, y a don Manuel Dávila Pumarejo, dos jefes míos a quienes les debo mi participación en la política y el éxito obtenido.

Cuando el doctor Alfonso López Pumarejo nombró gobernador del Magdalena a don Manuel Dávila Pumarejo, sorpresivamente, sin que yo lo hubiera deseado y sin que me recomendara nadie, recibí una citación urgente para que concurriera al despacho del gobernador. En esta época, yo no había intervenido en política y mis actividades eran los negocios. Don Manuel me recibió en su despacho, estando en compañía del doctor Carlos Bermúdez, y en su presencia me soltó la inesperada noticia: que era su candidato para la Secretaría de Hacienda. Me quedé sin saber qué contestarle y lo único que se me ocurrió era que necesitaba un plazo de quince días para darle mi respuesta. No admitió y me respondió: "necesito que acepte y se encargue ya". Me dejé convencer y opté por aceptar y posesionarme inmediatamente, y me fue muy bien, pues don Manuel era hombre bondadoso y me concedió toda su confianza en aquel delicado cargo.

Y, aunque don Manuel Dávila Pumarejo estuvo en la Gobernación ocho meses, a mí como su secretario me picó en ese corto tiempo el

virus por la política o afición por hacer obras públicas, que era como la entendía, la que afortunadamente pude cumplir realizando obras que aún persisten, la mayoría logradas cuando recibí el apoyo del doctor Santos para que dirigiera los destinos de esta comarca.

Esas obras físicas y sólidas a través del tiempo son el mayor testimonio del sentido que quise darle a la causa pública, legado positivo y tangible que le dejo a la posteridad, pensando que si todos los que por aquí dicen hacer política tuvieran el mismo sentido de realización, de construcción que tuve, nuestro desarrollo sería incontestable.

Santa Marta es una ciudad que lleva dos títulos bien ganados desde su fundación: "la perla de América" y la de "hospitalaria", pero tal parece que en su seno se hubieran albergado elementos que tratan de deslustrar su merecida tradición, que es lo poco que le queda como antiquísima capital del Magdalena Grande.

Como amante de mi nativo terruño, he recorrido ya un largo camino de existencia y en esa travesía, llena de cosas buenas y malas, logré llegar casi a la cima del largo trayecto, dejando una estela luminosa de obras y hechos que pregonan cuál ha sido siempre mi ambición: servir, crear, construir, no para mi propio beneficio, sino más que todo para la comunidad, para la sociedad en que actuamos y vivimos.

Como muestra, ahí están las obras del Asilo del Sagrado Corazón, avenida Campo Serrano, Terminal de Santa Marta, Mercado Público, edificio de la Gota de Leche, construcción del

Hospital San Juan de Dios, Casa de Menores, edificio Posihueica, construcción del Hotel Tayrona, embellecimiento de la Quinta de San Pedro Alejandrino, creación de la Lotería del Libertador, Estadio Eduardo Santos, la Villa Olímpica, construcción del Altar de la Patria, Hospital San Cristóbal de Ciénaga y el Hotel Tobiexe, Fábrica de Licores, Banco Bananero, Plásticos del Magdalena, Federación de Productores de Banano, Capitalizadora del Caribe, Pasteurizadora Patuca, Clínica Infantil Manuel Guardiola, Paseo Bastidas, Edificio del Banco Bananero, Urbanización Los Ángeles, Santa Catalina, Santa Cecilia y Burechito, y finalmente, el Diario *El Informador*, sin tener en cuenta más de cincuenta fincas, con más de diez mil hectáreas extendidas por toda la Zona Bananera, técnicamente cultivadas e irrigadas, fuente de trabajo de numerosísimas familias, la construcción de la carretera Santa Marta-Ciénaga y la de Ciénaga-Barranquilla, además de haber iniciado las obras de alcantarillado y pavimentación de las calles de Santa Marta.

En ninguno de los altos cargos que me ha tocado desempeñar, jamás se me ha señalado un acto deshonesto; quizá se me haya tildado de arbitrario, pero más bien estricto cuando me ha tocado frenar a muchos contra los intereses confiados.

Esta brevísima revista de obras y realizaciones, en cualquier parte del globo debería darme prestigio suficiente para que ciertas gentes y ciertos elementos mezquinos y desprestigiados respetaran esa tradición ganada en un medio hostil y de lucha contra soberbios individuos ca-
rentes de autoridad.

Nadie será osado en negar que nuestro departamento ha vivido un lustro crítico, angustioso, agonizante, que afectó directamente, en sus habitantes, todos nuestros negocios, especialmente los de la industria del banano, y que, debido a ese estado de cosas, nos encontrábamos metidos en el centro de un gobierno oficialista que considerábamos amigo y que a la postre resultó el culpable de muchas de nuestras grandes desventuras y frustraciones.

Aquí no sucedió como en otros departamentos, que la gente se une para defender lo que ha hecho con tanto trabajo, como fue la Zona Bananera, sacada de la selva indomable. Todo lo contrario: la otrora gran industria del banano se vino al suelo no por los vendavales huracanados de fuertes vientos, sino por la incompreensión de los caballeros de corbata y coctel, y no solamente los del Gobierno nacional —el que nos miró mal por su ignorancia—, sino también los del mismo departamento, ajenos a que les picaran los mosquitos.

Pero no solo es con hombres corajudos como lo demanda la agricultura tecnificada, sino también con hombres de empresas de la ciudad, como lo requiere la banca, donde faltó unión; y así vimos cómo fue de difícil conseguir que al Banco Bananero, a pesar de haber sido el único banco regional, en compañía del Cafetero, que le hizo al departamento un cuantioso préstamo, le ayudaran los gobernadores en retribución, suscribiendo acciones, como lo ordenaba una Ordenanza de la Asamblea, o bien depositando sus dineros en cuentas corrientes en nuestro banco.

Tal prohibición venía del propio Gobierno, dizque “amigo” y que ayudamos a elegir, y tiempo habrá en su capítulo correspondiente para hablar de los Fernández de Soto, de los Paz González y de Abdón Espinosa y de más grises personajes, desenmascarándolos a todos, como lo van a ver por los documentos que poseemos.

Creo que los gobernadores deben velar por el bienestar de las cosas que son comunes a su terruño y no ser áulicos de quienes los nombran, tapándoles los ojos a la triste realidad que se vive en estas regiones. Si es que nombran gentes inexpertas, deberían ellos consultar a quienes por su edad y sabiduría les puedan enseñar algo.

Pienso que la vejez y la juventud no deben ser fuerzas antagónicas, porque si la una posee el vigor para emprender grandes realizaciones, la otra atesora la inteligencia y la sapiencia que dan los años. La historia de la humanidad está saturada en ejemplos que confirman cuán útiles fueron los hombres —y siempre lo serán— que a edad avanzada dieron sus mejores frutos: Sófocles, cuando el promedio de vida era, en la antigua Grecia, de 22 años, vivió más de 90, y a los 75 escribió *Oedipus Rex* y a los 89 *Oedipus Colonus*; Ticiano completó su obra maestra *La Batalla de Lepanto* a los 95 años, y principió el *Descendimiento de la Cruz*, obra considerada como una de las más famosas, a los 97 años; Goethe trabajaba en el *Fausto* hasta poco antes de morir, a los 83 años.

Hay muchos otros ejemplos en los tiempos antiguos en que se demuestra que la edad es guía en los acontecimientos humanos. Cicerón, a los 62 años, escribió *La Senectud*,

en la que enseña que a medida que las fuerzas físicas se debilitan el juicio y la sabiduría crecen y duran satisfactoriamente muy largo tiempo. Dice que la memoria falla cuando no se ejercita, y la vejez no debe permanecer ociosa sino en actividad, como en los tiempos pasados, no solo con el propósito de permanecer jóvenes, sino más bien para enriquecer los atributos especiales de la madurez.

En los tiempos de Esparta, el Concejo de la ciudad estaba compuesto por 28 hombres de más de 60 años, quienes ejercían poderes, direccionales y judiciales sobre sus conciudadanos.

En los tiempos más modernos, Verdi, el gran músico y compositor italiano, compuso a *Otelo*, a los 73 años; *Falstaff*, a los 80 años; y su extraordinario *Vedeum*, a los 85.

George Brancoft publicó su historia de la Constitución de los Estados Unidos a los 85 años, Benjamín Franklyn inventó los binóculos a los 78 años y Robert Frost celebró sus 88 años con un magnífico volumen de poesía.

Toscanini tuvo su época más brillante como gran director de orquesta a los 80 años, y Bernard Baruch celebró su nonagésimo aniversario trabajando en su oficina el día completo. Grandma Moses completó sus 100 años trabajando en un nuevo y famoso cuadro.

Amos Alonso Stagg, uno de los más famosos estrategas del fútbol, se retiró de la Universidad de Chicago a los 70 años e, inmediatamente, firmó un contrato con el *team* del Pacific College de California, y continuó allí hasta los 83 años; dos años después, es decir a los 85, firmó por

10 años más, alcanzando a cumplir sus compromisos.

Benjamín Minge Duggar fue profesor de la planta de fisiología, economía y botánica en la Universidad de Wisconsin y a los 70 años se le obligó a retirarse. Se unió entonces al departamento de investigación del Lenderle Laboratories, en Peral River, N. Y., y después de varios años de duro trabajo dio al mundo su extraordinario regalo de la "Aurimisina".

Y qué podemos decir de Sr. Winston Churchill, que pasó a los 87 años en la Cámara de los Comunes, marcándole el paso a gentes jóvenes que esquivaban su responsabilidad en los momentos cuando más se necesitaban sus energías juveniles. Y otro tanto podemos decir de Pablo Casals, todavía tocando el violonchelo a los 85 años y contestando a un imprudente periodista diciéndole: "pensaba hace un momento que 80 años era una edad muy vieja, pero ahora viéndolo a usted no pienso así".

El canciller alemán, Conrad Adenawere, es otro ejemplo maravilloso de todo lo que puede hacer un hombre a una edad madura, con tantos años encima y tuvo sobre sus hombros la época más crítica en su país después de la terrible Guerra Mundial.

Y qué podemos decir del célebre papa Juan XXIII, quien sorprendió al mundo con sus extraordinarias encíclicas y su Concilio Ecuménico, que han venido revolucionando al mundo católico. Y el octogenario monseñor Tisserant, decano del Colegio Cardenalicio, quién acompañaba al papa Pablo VI en su viaje a la India.

Y entre nosotros tuvimos a Luis López de Meza, quien cumplió sus 80 años produciendo artículos lúcidos. También a Baldomero Sanín Cano, quien pasando de sus 80 años conservaba todo su vigor para escribir.

Y aquí mismo entre nosotros, en el departamento del Magdalena, tuvimos un Manuel F. Robles, quien a sus 86 años escribía para el público y defendía inteligentemente y con ardencia pleitos importantes. Y el coronel José María Valdeblánquez, con sus 83 años auestas, se hizo célebre por sus obras públicas, sus narraciones históricas y su puntería después de viejo. Y el maestro José Barros, quien a su edad aún compone canciones con el mismo vigor de sus años mozos.

Pues bien, no trato de decir que todavía quiera dirigir movimientos cívicos para hacer obras, pero ante la falta que veo de gente joven con la misma capacidad, que son los nombrados gobernadores, pero no gobiernan ni en su propia casa, y que dan ganas de darles lecciones sobre todas las obras que se puedan hacer.

Dejémosle, pues, hacer a la juventud; o, mejor dicho, dejemos que no haga nada y que cuando quiera recibir un consejo o ayuda para una idea creadora que beneficia la comunidad, acuda a sus mayores, que estoy seguro que muchos de ellos aprenderán.

La posteridad será justa no solo con quien proyecta las obras, sino también con quien las realiza.

El autor

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

NACIMIENTO, CRIANZA, JUEGOS, INFANCIA, CASA SOLARIEGA, LOS VECINOS

Nací en Santa Marta, el 3 de abril de 1894, en la casa situada en la esquina del costado oeste de la calle de la Cárcel, en donde funcionó por mucho tiempo el Banco de la República, y a una cuadra exacta de la Casa de la Aduana, en la que fue velado el libertador Simón Bolívar. Nuestra casa era de calicanto, con gruesas paredes, características de la Santa Marta colonial, y en la esquina nuestro progenitor tenía una tienda, la que al ser muy concurrida se daba uno cuenta del modo de ser de los samarios de entonces. Santa Marta era muy pequeña, llegada hasta la línea del ferrocarril, por el norte y este, y el mar, por el oeste, que le daba un marco a la ciudad, más famosa por su historia y la hermosura de su bahía que por la extensión de su metrópoli. Las casas eran de viejas tejas y paredes de calicanto grueso. No existían los techos de pajas porque el viento y los piratas del siglo pasado las habían arrasado. Allí, en la casa de la familia Vives De Andréis, nacieron cinco varones y cinco hembras. Yo fui el quinto.

Me contaron en mi casa, mis padres, que debido a una fiebre tifoidea que me dio cuando apenas contaba con siete meses de nacido, de la que me salvé milagrosamente, mi constitución física era la de un niño débil, enjuto de carnes, circunstancia esta que influyó para que durante mi infancia fuera muy retraído y casero, más dado a los quehaceres domésticos que a los juegos infantiles. Por esta causa, entre mis hermanos siempre estuve al lado de mis padres, quienes me prodigaban el placer de llevarme a muchas de sus giras de negocios.

Mi padre se dedicaba el negocio de mercancías extranjeras y del país, contando con un almacén bien surtido y buena clientela. Cuando los agentes viajeros de casas extranjeras o de Barranquilla visitaban a mis padres para venderles sus mercancías, yo permanecía siempre al pie de ellos, hasta que terminaban de exponer sus muestrarios. Negociaba también mi padre el vino y artículos de rancho. Los vinos venían en barricas medianas y grandes, que eran envasadas por nosotros para la venta al detal. A pesar de mi corta edad, ayudaba junto con mis hermanos mayores en la tarea de preparar los envases, lavarlos y, una vez limpios, eran sometidos a una enjuagada de ron para “curarlos” y así evitar que el vino se agriara. Muchas veces tomábamos a escondidas uno que otro trago de vino, con la ingenua creencia de que cada copa de vino era una gota de sangre. Al día siguiente, cuando ya los envases estaban secos, venía la misión más agradable: envasar el vino en pequeñas



Imagen 1. Palacio de Gobierno. Al lado casa de la familia Vives De Andrés

cántaras y botellas de litro para luego encorcharlas y lacrarlas, quedando listas para la venta. El día del envase era el más feliz. No íbamos al colegio y ese día y algunos de los siguientes se servían en nuestra mesa los restos de la barrica, sorprendiéndonos nuestros padres de que a nosotros tan niños no nos hiciera efecto el vino.

En realidad, nuestra infancia fue bastante precaria. Una familia muy numerosa y azotada por el flagelo de la guerra civil. En efecto, cuando yo tenía iniciados los seis años, presencié el drama de mi familia, de los veci-

nos y de toda la población, originado por la desgracia de la guerra, la que después darían en llamar “de los Mil Días” por la duración que tuvo. Para unos niños como nosotros, quedó siempre en nuestra mente ver cómo la guerra fratricida liquidó en poco tiempo los haberes que poseían mis padres. El almacén de mercancía que teníamos en Santa Marta desapareció por encanto. Todo el dolor de la Guerra de los Mil Días lo narraré en un capítulo aparte, pues el material es suficiente y por ello se justifica, solo acotando ahora que mi padre tuvo que esconderse por revolucionario y mi madre tuvo que enfrentarse sola para poder sostener a todos sus hijos, que muchas veces no tuvimos para el canasto del mercado ni para el galón de agua de tomar y, mucho menos, para lavar la ropa.

A pesar de nuestra infancia, las noticias que llegaban procedentes de los campos de batalla unas veces las recibíamos medio en serio, “pareciéndonos las contiendas de los mayores cosas de niños”, y otras como cosas naturales de este mundo, impresionándonos. La que más se preocupaba de esto, y de que por nuestra corta edad no nos fuera a traumatizar, era nuestra abuela materna, María de Jesús Vergara de Vives, a quien cariñosamente llamábamos “Mamachú”, quien con su 92 años tenía gran experiencia y nos hacía poner contentos refiriéndonos historias, invitándonos a jugar a los “caballitos” con cabeza de trapo, que ella misma fabricaba, colocándonos luego un palo de escoba para que nos montáramos, entreteniéndonos así y haciendo ver que la vida para los niños es juego.

CAPÍTULO 2

CÓMO ERA LA SANTA MARTA DE ENTONCES

Antes de seguir con la historia de mi propia vida, quiero hacer una breve referencia a la Santa Marta que yo conocí, con sus gentes, sus lugares, sus anécdotas e historias comunes, para darle un relato más humano y universal a mi relato.

Santa Marta fue fundada oficialmente el 29 de julio de 1525 por Don Rodrigo de Bastidas, quien trajo las mejores intenciones de organizar una colonia agrícola y que no pudo cumplir al morir un año después, víctima de las heridas que le propiciaron sus súbditos, por la codicia que le despertó ver la riqueza en oro de los indios taironas, que poblaban nuestras costas y montañas.

Los victimarios de Bastidas, llamados Villafuerte, y su aparente defensor Palomino, pronto dieron rienda suelta a lo que sería la permanencia en Santa Marta de los conquistadores españoles, un grupo de gente ávida de riquezas, sanguinaria, haciendo continuas redadas, masacres y saqueos en territorios de los indios tayronas, quienes valientemente preferían morir antes que someterse al enemigo. La sevicia de los colonizadores españoles llegó a tal punto que trajeron feroces perros para cazar indios, bien amaestrados para estos menesteres, y dándoles el corazón de su presa. Hubo entre esos perros sanguinarios uno muy famoso llamado "Amadis", quien cazó más de quinientos indígenas y, por lo tanto, más de quinientos corazones le fueron brindados.

Solamente interrumpieron esta lucha entre conquistadores e indígenas los legendarios corsarios o "piratas", quienes alternaron en varias ocasiones entrando en la ciudad e incendiándola catorce veces y saqueándola en diecisiete oportunidades.

Esto hizo necesario que el Gobierno colonial español dispusiera el levantamiento de varias fortalezas, entre las cuales citaré el Morro, el Fuerte de Punta de Betín, el Castillo de San Antonio, la catedral como fortaleza también, el Castillo de Santa Bárbara, el Fuerte de Veracruz y Santo Domingo, el Castillo de San Juan y la fortaleza de San Fernando, todos con dirección al mar, vigilando la entrada a la ciudad. En la cercana bahía de Villaconcha se construyó otro fuerte, cuyos cimientos todavía subsisten bajo el agua.

Por estas luchas e incendios de piratas, el crecimiento de nuestra ciudad fue lento, existiendo en 1776 solamente 152 casas, de las cuales dos eran de dos pisos, el Cabildo y las de don Miguel Vergara, y una de tres pisos, que es la histórica Casa de la Aduana.

El desarrollo de la ciudad prácticamente se evidenció a partir de 1882, cuando se ordenó construir un ferrocarril, que debía ir desde Santa Marta hasta un puerto sobre el río